

Ross Campbell

CÓMO **AMAR**
DE VERDAD
A TU **HIJO**
ADOLESCENTE



INCLUYE
GUÍA DE
ESTUDIO

*Criar adolescentes equilibrados
en un mundo desequilibrado*

NUN
NIVEL UNO

Ross Campbell

**CÓMO AMAR
DE VERDAD
A TU HIJO
ADOLESCENTE**



NUN

www.EditorialNivelUno.com

Para vivir la Palabra

Para vivir la Palabra

MANTÉNGANSE ALERTA;
PERMANEZCAN FIRMES EN LA FE;
SEAN VALIENTES Y FUERTES.
—1 CORINTIOS 16:13 (NVI)

Publicado por:



Editorial Nivel Uno, Inc.
3838 Crestwood Circle
Weston, FL 33331
www.editorialniveluno.com

©2017 Derechos reservados

ISBN: 978-1-941538-58-6

Desarrollo editorial: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

Diseño interior: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

Este libro fue publicado en los Estados Unidos por:
Word Publishing Group, una división de Thomas Nelson, Inc.
P.O. Box 141999, Nashville, Tennessee 37214
con el título *How to Really Parent Your Teenager*.
Copyright © 2006 por Ross Campbell.
Traducido con permiso. Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados. Se necesita permiso escrito de los editores para la reproducción de porciones del libro, excepto para citas breves en artículos de análisis crítico.

A menos que se indique lo contrario, todos los textos bíblicos han sido tomados de: Santa Biblia, Nueva Versión Internacional® NVI® ©1999 por Biblica, Inc. © Usada con permiso.

Printed in the United States of America
Impreso en Estados Unidos de América

17 18 19 20 21 22 VP 9 8 7 6 5 4 3 2 1

CONTENIDO

<i>Prólogo por Gary Chapman</i>	5
1. Un extraño en la casa.	9
2. La ira, el problema fundamental	27
3. Claves para el autocontrol	49
4. Amor, la solución esencial	65
5. Tres maneras de mostrar amor.	79
6. Disciplina con amor.	93
7. Cómo proteger a tu adolescente.	109
8. La mente y los medios de comunicación.	119
9. Más que pájaros y abejas	137
10. La enseñanza de los valores	155
11. Ansiedad, depresión y otros desafíos	173
12. Regalos duraderos.	197
<i>Cinco maneras de obtener lo mejor de este libro</i>	205
<i>Guía de estudio.</i>	207
<i>Notas</i>	220



PRÓLOGO

Nunca ha habido una época más emocionante —ni más desafiante aun— para ser adolescente (o para criar a uno de ellos). Los beneficios de vivir en la sociedad globalizada actual son extraordinarios, pero también lo son los peligros. En toda la nación, los embarazos, las enfermedades por transmisión sexual, el aborto, el consumo de drogas, los homicidios y el suicidio se han convertido en algo común entre los adolescentes.

Sin embargo, a pesar de todo eso, las madres y los padres continúan siendo un factor determinante en la vida de sus hijos. Las investigaciones demuestran que los padres, no los compañeros, ejercen la influencia más significativa en los adolescentes. Creo profundamente que la impresión más importante en el estado de ánimo y las opciones del adolescente las marcan el amor de los progenitores. Sin ese sentimiento de amor paternal, los adolescentes son más propensos a que los arrastren las actuales corrientes de confusión. No obstante, los adolescentes que realmente se sienten amados por sus padres tienen muchas más probabilidades de responder a los profundos anhelos que sienten

por establecer comunión, acoger la estructura; responder acertadamente a los lineamientos; y encontrar propósito y significado en la vida. Nada tiene más potencial para influir positivamente la cultura occidental que el amor de los padres.

Si se cubre la amorosa necesidad emocional del adolescente, ello ejercerá una influencia profunda en el comportamiento del chico. En lo profundo de gran parte del mal comportamiento juvenil yace un tanque de amor vacío. No digo que los padres no amen a sus hijos adolescentes; lo que creo es que miles de adolescentes no perciben ese amor. Para la mayoría de los padres no es una cuestión de sinceridad, sino más bien una falta de información en cuanto al modo de comunicar con eficacia el amor a un nivel emocional. El doctor Campbell ha ayudado a cientos de miles de padres a aprender cómo hacer eso de manera eficaz. Este libro proporciona, a una nueva generación de padres, las ideas y habilidades necesarias para satisfacer con efectividad la necesidad de amor emocional del adolescente.

Aprender cómo procesar la ira de una forma positiva es una segunda área vital en la que el adolescente necesita la influencia de los padres. Todos los adolescentes se enojan. Por desdicha, algunos nunca aprenden cómo lidiar —de manera constructiva— con la impetuosa emoción de la ira. Estos son los adolescentes que, al fin y al cabo, cometen actos violentos de los que nos enteramos cuando vemos las noticias diarias. El progenitor exitoso debe encontrar una manera de ayudar al adolescente a aprender a procesar la ira de forma provechosa. Para aquellos padres que nunca aprendieron a controlar su propia ira, este puede ser un desafío formidable.

Como siquiatra con más de treinta años de experiencia trabajando con adolescentes conflictivos y con sus padres, el doctor Ross Campbell está especialmente calificado para escribir sobre el tema del manejo de la ira. En *Cómo amar verdaderamente a tu adolescente*, Campbell brinda a los padres las ideas necesarias para comprender el enojo juvenil y, además, ofrece un plan para

Prólogo

ayudar a los adolescentes a aprender a controlar su ira y no ser controlados por ella.

Mantener lleno el «tanque de amor» emocional de tu adolescente y ayudarlo a aprender cómo tratar con la ira, de modo constructivo, son las piedras fundamentales para la crianza exitosa de los adolescentes en este siglo veintiuno. Si estas dos bases están en el lugar correcto, los otros aspectos de la crianza de los adolescentes se parecerán a la crema del pastel. Sin esas dos bases, el pastel se derrumbará. En *Cómo amar verdaderamente a tu adolescente*, el doctor Campbell brinda a los padres contemporáneos la receta para hornear con éxito el pastel y disfrutar de la «crema».

Gary D. Chapman
Autor de *Los cinco lenguajes del amor*,
presidente de Marriage & Family Life Consultants, Inc.
Winston-Salem, North Carolina



UN EXTRAÑO EN LA CASA

Un largo día más ha terminado. Te mueves bajo las sábanas en la cama como reclamando unas horas de descanso, una de las pequeñas recompensas agradables de la vida. Hoy te lo has ganado.

Al apagar las luces, tus pensamientos se adaptan a la oscuridad y empiezan a vagar, somnolientos, recordando los acontecimientos normales de tu vida. El ritmo es manejable en ese momento. Los pagos están al día; los planes van progresando; los chicos están sanos.

Sin embargo, con todo y eso, una chispa de ansiedad titila en lo profundo de tu mente. Inquieta tu tranquila transición al sueño. Es la chispa de la intuición paternal, que brilla como diciéndote que hay un asunto pendiente en tu familia. Mejor ignorarlo. Piensa demasiado en esas cosas y no dormirás, y eso sería injusto para el día que te espera mañana.

No obstante sabes de qué se trata, ¿verdad? Es algo que flota en el aire, aun más, es perceptible; audible, en realidad. El débil sonido de la música invade el pasillo y se cuelga por la puerta

de tu dormitorio. La melodía, casi imperceptible, es atenuada por los audífonos. Pero el traqueteo de la percusión estridente es audible en la quietud de la noche.

Es tu adolescente.

Se queda dormido con todo ese ruido y no considera el sueño de los demás. Todos esos son pensamientos que no pueden borrarse. Así que te sientas y suspiras.

Adolescente. Esa sola palabra te hace recordar tantos sentimientos y cuestionamientos. Así que vuelves a encender las luces y permites que tus pensamientos avancen y te hablen.

El primero que surge es: *¿Cómo pasó el tiempo?* Casi parece que fue ayer que fuiste al hospital, que trajiste a casa a tu recién nacido, que llenaste el álbum y la computadora con fotos de tu «nueva» familia y, cuando te percastaste, ya tu hijo estaba en la escuela primaria. La vida se aceleró a alta velocidad. Su niñez —su infancia, cuando era un bebé, cuando gateaba— y cada etapa de su vida temprana se escapó de tus brazos amorosos... demasiado rápido, aunque disfrutaste cada una de ellas. Lo divertido del caso es que ya en la edad adulta, eso se ve como una breve temporada. Reflexionas, meditas y sientes casi de la misma manera que hace una década y media. Ese mismo lapso que ves breve ha representado una vida para tu hijo. Fue emocionante cuando aprendió a caminar. Te asombraste cuando empezó a hablar. Y el día en que comenzó en el precolar fue maravilloso.

Sin embargo, ¿habrá alguna forma de detener el tiempo y disfrutar las cosas un poco antes de que se vaya apresuradamente a la universidad, se case, críe sus hijos y te dé nietos?

Ese fue el primer pensamiento. Luego te inquietaba otro: *¿Qué ha pasado con mi querido hijo?* Recuerdas muy bien a un chico feliz y calmado intentando, por todos los medios, dar dos pasos vacilantes en el piso. O aprendiendo a hablar. O a jugar bien con otros chicos. Cada día era una aventura para tu hijo, pero la disfrutaban juntos.

De nuevo, era como si el tiempo se hubiera desplegado durante la noche para robarte algo tan preciado. Una mañana te despertaste y descubriste que tu pequeño se había esfumado, fue sustituido por un joven alto, desgarrado, que vacila al hablar, que come, duerme y deambula de acuerdo a unas extrañas reglas conocidas —supuestamente— por él mismo o por otros de su especie. *Es un chico muy privado*. Su personalidad parece algo aletargada, como la música contenida en sus audífonos. De hecho, la puerta de su habitación, su equipo musical, su ropa, su conversación, incluso la mirada en sus ojos, llevan un mensaje firme: *Propiedad privada. Fuera*.

Y como si fuera poco, surge otro pensamiento: *¿Qué se hizo nuestra tirantez?* Esa es la única palabra para describir la situación: *tirantez*. *Nuestra cosa*. Lo más grande: la observación que a veces te quita el sueño.

Tu hijo ha sido la gran alegría de tu vida desde que llegó a tu mundo por primera vez, un pequeño paquete de demandas en pañales. *Qué gran sensación*: una personita que depositó toda su confianza en ti. Cuando caminabas por la habitación, sus ojos te seguían absortos. Te reías, jugaban juntos y no podías decir cuál de los dos estaba disfrutando el mejor momento. Leer un libro de cuentos antes de que se durmiera era un tesoro invaluable. El solo hecho de escuchar sus oraciones, abrigarlo y darle un beso de buenas noches te producía una profunda sensación de satisfacción emocional. Puedes recordar el instante en que te diste cuenta de que *de eso era que se trataba tu vida*. *Ser padre es lo esencial de mi universo*.

Por tanto, ¿qué está pasando? No se ha abierto ningún gran cañón en la tierra que los separe. Aún son amigos, incluso padre e hijo, y él todavía depende de ti. Su amor por ti está asegurado. Pero, por primera vez, parece que las cosas no son iguales, sin duda. Tu hijo ha entrado a ese incierto y penumbroso mundo entre la niñez y la adultez. No sabe, con certeza, cómo navegar

en sus extrañas aguas. Quieres ayudarlo, pero no tienes todas las respuestas ni incluso su permiso para brindárselas.

En algún lugar alrededor de su decimotercer cumpleaños, el chico que conocías comenzó a retirarse a un mundo muy personal, con la intención de resolver las cosas por sí mismo. Cuando trataste de seguirlo para ayudarlo, te encontraste con una tirantez que era completamente nueva; mensajes que decían: «Déjame en paz. Deja que lo haga por mí mismo».

Sabías por instinto que eso, simplemente, era parte natural del proceso de vivir. Después de todo, fue una etapa que recuerdas de tu propia vida.

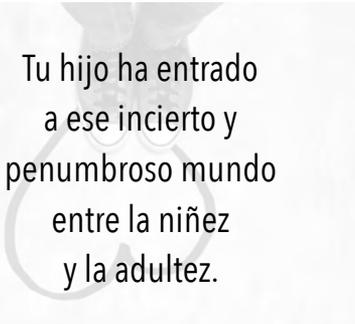
Sin embargo, hay límites, ¿no es así? Lo sabías y aún lo sabes. El amor de los padres debe encontrar una manera de prevalecer aun cuando se le evade. Tu hijo continúa con sus necesidades, como siempre. Imagínate si lo dejas solo y te conviertes en un padre ausente.

¿Quién sabe lo que pasaría? Puede

que ni siquiera se levante para ir a la escuela. Es posible que no salga de su habitación en absoluto. O podría abandonarla para siempre. Él podría tomar decisiones desastrosas. Ese único pensamiento es suficiente para que pases la noche a merced de tus temores.

No obstante, todo se reduce a estas verdades inquebrantables:

- Eres padre.
- Amas a tu hijo.
- Deseas que sea un joven adulto maduro, confiable e íntegro.
- Estás dispuesto a pagar el precio que sea necesario para lograr esa meta.



Tu hijo ha entrado
a ese incierto y
penumbroso mundo
entre la niñez
y la adultez.

Has empezado a darte cuenta de que debes encontrar la manera de seguir siendo una fuerza rectora en la vida de tu hijo; una forma de evadir los audífonos, las modas de la indiferencia y las señales culturales que dicen: «Aléjate», «Ahora soy diferente», «He superado los libros de cuentos, ya no necesito que me sigan», «Vamos a coexistir pacíficamente».

La paternidad y la «coexistencia pacífica» no andan juntas.

Esas son las cosas que se libran en ese mundo que es tu hogar: es el ambiente emocional de cualquier familia actual. Pero hay algo más que también te mantiene despierto. Piensas en lo que hay entre tu mundo interior y el mundo exterior. Y esa es una gran parte de tu ansiedad, ¿no es así? Por primera vez, el mundo exterior entra a formar parte de la ecuación. Y lo hace con las amenazas que a menudo te hacen sentir impotente. El mundo cambia con rapidez y a la mayoría de nosotros nos preocupa mucho la calidad de esos cambios.



La paternidad y la
«coexistencia pacífica»
no andan juntas.

NUESTRO MUNDO CAMBIANTE

Claro, el cambio es algo que siempre se presenta, siempre ha existido y siempre existirá. Lo único que *nunca* cambia, en cuanto al mundo, es que *siempre* cambia. Pero estas últimas décadas han sido algo completamente incomparable. Tú y yo hemos vivido una época de transición cultural perturbadora, casi sísmica. Tanto que a la segunda mitad del siglo veinte se le ha llamado la era del «choque cultural»: el fenómeno de una sociedad que experimenta una evolución cultural más rápida que nuestra

capacidad para adaptarnos a ella. Fíjate en las innovaciones tecnológicas que han transformado tu mundo y han influido, solo, en la vida de tu hijo. ¿Puedes recordar un momento en el que las personas manejaran, compraran y pasearan, sencillamente, sin estar pegados a los teléfonos celulares? ¿Cuando no tenías computadoras en tu casa? ¿Cuando tu televisor solo tenía tres canales con programación familiar únicamente?

¿Recuerdas cuando las letras de las canciones de amor eran inocentes y sentimentales más que de doble sentido y eróticas? ¿Puedes recordar cuando los líderes públicos eran respetados, no ridiculizados, y los atletas eran héroes más que villanos?

Algunos de esos cambios son bastante inocuos e incluso emocionantes. Los teléfonos celulares son muy buenos para la seguridad e Internet nos ayuda a mejorar nuestras posibilidades en cuanto a educación y comunicación. Pero debemos reconocer que hay cambios más pérfidos por naturaleza. Examinemos algunos de ellos a la luz de tu misión como padre.

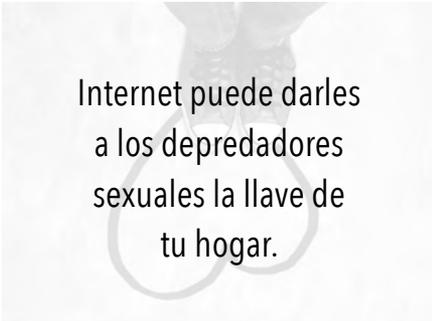
La penetración de los medios de comunicación

La información y el entretenimiento que tienen que ver con la electrónica fueron, alguna vez, algo relativamente pequeño en la vida cotidiana. Durante la Segunda Guerra Mundial, las personas recibían las noticias diarias —con cierto retardo— mediante la radio. La gente disfrutaba de la música popular, compraba algunas grabaciones y hasta iba al cine a ver películas. Pero en el mundo de hoy, los medios de comunicación manejan la cultura. Hemos visto el nacimiento de la generación de Internet; así como muchos de nosotros, que fuimos parte de la generación de la televisión.

Estar «conectados» a la cultura popular es muy importante para los adolescentes de hoy. El encuestador George Barna identifica dos elementos clave que los adolescentes consideran esenciales en su diario vivir: las relaciones y los medios masivos.¹

Los chicos son muy conscientes de su conexión con el mundo en general. Las películas, la música, los programas televisivos y los sitios web son mucho más que diversión para ellos; son parte de su estructura de vida.

Así como los adolescentes están más sintonizados con los medios de comunicación, los medios mismos son mucho más intrusivos para nuestras vidas. Nos hemos abierto a los medios, claro, por nuestros hábitos como sociedad de consumo. Muchos de nosotros tenemos varios televisores y computadoras en casa. Establecemos nuestro tiempo familiar en torno a los dictados de la televisión. Detestamos el sexo y la violencia en las películas, pero hacemos que tengan éxito en las taquillas de cine. Hasta cierto punto, podría decirse que la sociedad recibe el entretenimiento que se merece. Sin embargo, debemos preocuparnos por esta cultura impulsada por los medios de comunicación y por la capacidad que tiene de modelar valores para nuestros chicos.



Internet puede darles
a los depredadores
sexuales la llave de
tu hogar.

La saturación de la obsesión sexual

Ese mismo medio de comunicación, por supuesto, introduce en nuestros hogares imágenes y un lenguaje que hace dos décadas no nos habríamos imaginado. En aquella época, de ocho a diez de la noche, era un santuario inviolable para que la familia se reuniera a ver televisión: predominaban las conmovedoras comedias —con situaciones familiares jocosas— y una variedad de espectáculos musicales divertidos. En la actualidad, las escenas que aparecen en la pantalla chica son equiparables a las calificadas estrictamente para adultos mayores en los cines y teatros. La música pop, con adolescentes más jóvenes que el público

al que se dirige, se centra en la exaltación sexual; además, sus estrellas se mueven apelando a lo sexi de sus cuerpos más que al atractivo de sus voces.

Al mismo tiempo, internet puede darles a los depredadores sexuales la clave de tu hogar, si no controlas su uso. Esa, por supuesto, es nuestra consideración central al salvaguardar a nuestra niñez: haciendo todo lo posible por supervisar lo que entra en los impresionables ojos y oídos de los chicos en nuestros hogares.

La victoria del materialismo

La psicóloga Patricia Dalton afirma que el consumismo rampante tiene a Estados Unidos en sus garras. Ella observa a las personas infelices tratando de llenar el vacío de sus vidas gastando más y más. Acuden a ella para descubrir por qué todo les va mal.

«Aquellos que vivimos en los años sesenta», dice ella, «parecen haber olvidado la advertencia de que todo lo que uno compra lo posee». Los consumidores andan persiguiendo los últimos televisores plasma, las videograbadoras digitales, los iPods, los teléfonos celulares, las tabletas y las demás innovaciones tecnológicas que aparecen cada día. Extienden su capacidad financiera para comprar la casa de sus sueños. Pero, para pagarla, trabajan tan duro que destruyen el hogar.² La tensión crece en las familias a medida que la marea de las deudas económicas les arropa. Al mismo tiempo, los hijos adoptan nuestros valores materialistas. Mientras tanto, el mundo de los medios masivos, impulsado por el consumismo, persuade a sus víctimas de que si gastan, gastan y gastan, todo saldrá bien.

La propagación de la violencia

Todos conocemos la historia de Columbine y el aumento de la violencia juvenil. Aun cuando no existe un consenso público

acerca de la causa principal de esta tendencia, es un hecho pertinente a la vida de nuestros chicos que ahora sus escuelas son vigiladas por cámaras de circuito cerrado; sus casilleros son registrados periódicamente en busca de armas y narcóticos. El hostigamiento es un problema mayor que nunca. Las afiliaciones a pandillas se están extendiendo desde los vecindarios urbanos hasta los suburbios, por lo que tenemos razones legítimas para tomar precauciones especiales con nuestros adolescentes. Pero, por supuesto, en muchos casos el problema yace en el propio hogar con la violencia doméstica. Dos millones de niños son gravemente heridos por sus padres o tutores cada año, y casi un millón de padres son golpeados o maltratados por sus propios hijos.³

El verdadero culpable, como veremos, es la presencia de la ira tóxica que se encuentra oculta bajo el rostro de nuestra cultura actual. La gente en general está enojada y frustrada. No han sido entrenados para manejar su propia ira, por lo que son incapaces de entrenar a sus hijos para que la controlen. Las emociones, no tratadas en la manera correcta, hacen que el estallido de la violencia sea inevitable.

La oscura edad de la integridad

James Patterson y Peter Kim escribieron un libro titulado *The Day America Told the Truth*. Mediante el uso de encuestas confidenciales, produjeron una fotografía preocupante del clima moral de este país. Solo el trece por ciento de sus habitantes cree en los Diez Mandamientos, aunque el cuarenta por ciento cree en cinco de ellos. En otras palabras, los estadounidenses se inventan sus propios códigos morales.⁴ Escogemos y decidimos qué leyes de Dios seguir así como seleccionamos la comida en un almuerzo tipo bufé. Mentir, afirmaron, está «grabado en nuestro carácter nacional».

Algunos políticos corruptos ocupan la primera plana de los titulares, son un escándalo público inaceptable. Podría argumentarse

que se espera que nuestros funcionarios mientan y tuerzan las reglas cuando quieran. Algunas personas parecen tener la idea de que la integridad ya no es útil; simplemente, no funciona. Gracias a conceptos como este, los estudiantes pueden seguir adelante y hacer trampa en los exámenes. Los empresarios pueden falsificar sus informes de gastos. Y, a partir de 2003, casi una cuarta parte de nosotros cree que hacer trampa en nuestras declaraciones de impuestos es correcto.⁵

¿Es posible criar hijos con integridad en un mundo que ya no cree en ese principio? Sí, ciertamente lo es. Pero hay que trabajar duro.

La explosión de la movilidad

¿Esperabas ver la movilidad como un cambio problemático en nuestro mundo? Ciertamente, puede ser algo maravilloso. El aumento de la movilidad facilita que puedas visitar a tu antiguo compañero de la universidad en Seattle o llevar a tus hijos a escalar las Tierras Altas de Escocia. Nuestro mundo se ha reducido y nuestros horizontes se han ampliado.

Sin embargo, ¿cuántos de nosotros podemos decir realmente que la vida, como un todo, es mejor debido a la rapidez con la que nos movilizamos? ¿Cómo afectan a nuestros hijos el desarraigo frecuente y los trasladados de una ciudad a otra? ¿Cuánto necesitan el contacto periódico con una familia extensa y cariñosa, una red de tías, tíos, primos, abuelos y amigos que te han conocido toda tu vida?

Deberíamos mencionar aquí que a la iglesia le ha tocado la peor parte del cambio en casi todas las categorías que hemos enumerado hasta ahora. La movilidad bien puede encabezar la lista. Muchos de nosotros, los padres, crecimos hasta la edad adulta entre una congregación de personas afectuosas, la máxima familia extendida que conocemos como la iglesia. Hubo pastores, directores de jóvenes y maestros de escuela dominical que

nos conocieron bien a medida que crecimos y cambiamos. Eran personas que se preocupaban por nosotros porque habían invertido parte de sus propias vidas en la nuestra.

Al mismo tiempo, aprendimos lo que significaba comprometerse con el cuerpo local de Cristo: dar nuestro tiempo, nuestro dinero y nuestros años de manera sacrificada para edificar el cuerpo de la iglesia. Muchos padres, en la actualidad, solo son «fanáticos seguidores de personajes eclesiásticos y de iglesias famosas». Se mueven de una congregación a otra, buscando santidad sin ser santos. ¿Qué mensaje obtienen nuestros hijos de eso? ¿Por qué nos turbamos cuando abandonan la iglesia en la primera oportunidad que tienen? Por supuesto, hay otras razones por las que lo hacen, como veremos en un capítulo posterior.

Y AHORA LAS BUENAS NOTICIAS

Como hemos visto, no es difícil pintar una imagen sombría del ambiente actual en que se cría a los hijos. De modo que, ¿por qué no alzar nuestras manos y rendirnos? ¿Por qué no mudarnos a una comunidad cerrada y blindar a nuestros hijos de manera segura en nuestros hogares cuidadosamente aseados hasta que sean adultos jóvenes?

Sin embargo, lo creas o no —a pesar de todo eso—, hay buenas noticias; siempre las hay, aun cuando los tiempos sean más tenebrosos. Quiero animarte a que seas optimista y positivo frente a los desafíos de hoy y que consideres el «lado positivo» de criar a un adolescente eficazmente en el mundo moderno.

Los adolescentes de hoy son más saludables y mejor educados que cualquiera de la historia. Son



Los adolescentes
de hoy son más
saludables y mejor
educados que cualquiera
de la historia.

más propensos a estudiar en la universidad. Es más probable que participen en proyectos de servicio a la comunidad y en esfuerzos misioneros.

Aun cuando es posible que no se relacionen con la iglesia siguiendo los mismos patrones o enfoques de sus padres y sus abuelos, son extremadamente interesados en los asuntos espirituales y, si podemos hacer que se involucren, tomarán su fe con seriedad y harán de la iglesia mejor lugar.

Esta es una generación muy airada. Pero esa cólera puede ser entrenada y canalizada en aras de la madurez emocional y espiritual. Esta es una generación obsesionada con las redes sociales y los medios de comunicación masiva. Pero ese interés se puede canalizar en pro de una mejor y más saludable cultura comunicacional, si ayudamos a nuestros chicos a ver las cosas desde una perspectiva bíblica. Esta es una generación desafiada por el materialismo, la violencia y los asuntos que tienen que ver con la integridad. Pero cada uno de esos elementos puede convertirse en una poderosa herramienta de enseñanza —para moldear vidas— en manos de un buen padre que sepa cómo comunicarse.



Esta es una
generación
a la que Dios ama.

Por último, esta es una generación a la que Dios ama. Podríamos decir eso, por supuesto, en cuanto a cada generación en la historia de la humanidad. Pero nos ayuda a recordar que Dios todavía vela por este mundo. Nuestros hijos pueden exasperarnos a veces, pero nunca más allá de los límites de su amor y su paciencia. Puede que alguna vez nos quedemos sin respuestas, pero Dios no.

El escritor de Eclesiastés concluyó: «Lo que ya ha acontecido volverá a acontecer; lo que ya se ha hecho se volverá a hacer ¡y no hay nada nuevo bajo el sol!» (1:9). Los problemas de hoy pueden

parecer nuevos, muy diferentes, y desde nuestra perspectiva lo son. Pero la condición humana no cambia nunca, en esencia, ni tampoco las necesidades de cada joven. Cuando llegues al límite de tu resistencia y tu sabiduría, recuerda que los recursos de Dios son infinitos; que ningún ser humano ha tenido un problema para el cual no haya respuesta; que el mejor acero tiene que ser templado por cierta cantidad de fuego. Pero una vez que se forja, el acero es lo suficientemente poderoso como para pasar incluso las pruebas más duras. Y tu hijo, algún día, puede ser así.

Recuerda también, en esos tiempos difíciles, que las necesidades básicas son realmente muy sencillas. Tu adolescente necesita experimentar el amor incondicional y sentirse profundamente seguro. Tiene que aprender a lidiar con la ira y la amplia gama de emociones que vienen con la adolescencia. Debe saber cuál es su lugar en el mundo que está más allá de la puerta de tu casa. Y debe terminar de echar los cimientos de su personalidad, con lo que has luchado para ayudarlo a establecerse desde el día en que nació. Cuando llegue el día en que puedas sonreír y reconocer que has criado a un adolescente equilibrado, incluso en un mundo desequilibrado, sabrás que puedes pasar el resto de tu vida con una gran sensación de satisfacción: misión cumplida. Habrás hecho una contribución poderosa al futuro de este mundo y del reino de Dios.

Esa es la gran tarea que tienes como padre, tarea heroica, en realidad. Necesitarás sabiduría, paciencia, dirección y perseverancia. Pero, ¿cuál podría ser un objetivo más importante que dejar al mundo el legado de un hijo al que te has dedicado a preparar? Sé que ya has descubierto —y aun admitirás, incluso en los peores momentos— que no hay una tarea más grande y más satisfactoria en la vida que la de ser un buen padre. También podría decirse que no hay una parte más grande y más placentera de la crianza de los hijos que ahora, los años que limitan entre la niñez y la edad adulta, el tiempo que hemos llegado a llamar adolescencia.

UN MAPA DE RUTA PARA NUESTRO VIAJE

Espero y oro para que este libro sea tu principal compañero en el desafío que enfrentas como padre de un adolescente. Aunque no haya un método específico para lidiar con cada problema y cada pregunta que surja en tu travesía, estoy seguro de que podemos enfrentar los más esenciales. Examinemos el «mapa de ruta» de los lugares a los que iremos y las principales paradas que haremos en este libro.

- En los capítulos segundo y tercero, afrontaremos lo que creo que es el mayor peligro de todos para nuestros hijos: el enemigo de la ira. Opino que la ira ha esclavizado silenciosamente a nuestro mundo, puesto que hay una generación que ha crecido sin un buen entrenamiento en cuanto a cómo controlarla. Es probable que sus resultados se vean como equivalentes a algunos berrinches en la sala de tu casa pero, en efecto, son mucho más grandes que eso. El amargo fruto de la ira no reconocida ni gestionada es una vida que se va descontrolando cada vez más —mediante los problemas en la escuela, las relaciones, el trabajo, el matrimonio y la paternidad— hasta llegar a un punto en que atenta contra su portador y tiende a la autodestrucción. Además, está la cuestión de la ira de los padres, que puede agregar terribles y destructivas complicaciones a la tarea que enfrentamos. Tanto los padres como los adolescentes pueden enojarse, pero ambos pueden manejar ese enojo con madurez. Este tema de la ira es tan importante que es el primero que trataremos en el siguiente capítulo.
- Los capítulos cuarto y quinto nos traen un tema más positivo: el amor, la base de toda buena crianza. Sin embargo, hay desafíos específicos en lo que se refiere

a amar a un adolescente. Por ejemplo, ¿cómo podemos expresar franca y físicamente nuestro afecto por alguien que se oculta en el dormitorio o que solo quiere estar con sus amigos? ¿Cómo podemos amarlos cuando son sarcásticos e insolentes? En particular, ¿cómo crear el adecuado ambiente hogareño pleno de amor incondicional y de aceptación cuando el adolescente ha cambiado esa atmósfera de manera tan drástica? En este punto, muchos padres pierden el camino de las técnicas y actitudes apropiadas. Gracias a la frustración retienen sus gestos de amor u optan por no mostrarlos debido al desánimo que les produce percibir en sus hijos señales como «no me toques» u otras. El cuarto capítulo presenta el concepto del amor incondicional en el hogar y el quinto explora las tres formas principales en que puedes brindarle amor a tu hijo adolescente. Descubriremos algunos enfoques útiles que harán de tu hogar un lugar cálido y agradable no solo para tus hijos, sino también para los amigos de ellos.

- ¿Qué hay con la disciplina? Para muchos de los que han leído mis libros, esta ha sido la mejor de todas las preguntas, y por una buena razón. En el mundo de hoy hay una tremenda confusión sobre este punto. Por un lado, la definición exacta de la palabra es malentendida; la gente cree que *disciplina* y *castigo* son sinónimos. ¿Necesitan nuestros hijos la antigua disciplina de la «mano dura», cuya filosofía era «retén la vara y malograrás al chico»? ¿O deberíamos adoptar un enfoque de «no intervención», sin interferir, que les permita a los adolescentes establecer el tono y las reglas? Como habrás adivinado, ambas estrategias pueden tener consecuencias desastrosas. Pero, ¿cuál es el camino correcto? Lo encontraremos en el sexto capítulo, que trata acerca de cómo disciplinar a los adolescentes.

- El séptimo capítulo se centra en proteger a tu hijo en la jungla del complicado mundo de hoy. Ya hemos examinado algunos de los síntomas de la nueva cultura que nos enfrenta. Sus ideas, filosofías e ilusiones invaden el muy cultural aire que respiran nuestros hijos. No hay forma de evitar que el adolescente se exponga a actitudes erróneas e incluso a ciertas situaciones potencialmente peligrosas (en las escuelas, por ejemplo). Pero podemos dar muchos pasos proactivos. Y también podemos ayudar a nuestros hijos a ver este mundo a través del lente de la sabiduría, tanto mediante las instrucciones bíblicas como a través del sentido común, para que a fin de cuentas rechacen las desastrosas modalidades que el mundo enseña. Queremos que se convenzan de que, por ejemplo, la experiencia sexual premarital es una tontería, más que algo normal que el mundo presenta. Queremos que tomen decisiones saludables en cuanto a la música que escuchan y a los programas que ven, incluso después de que ya no estemos presentes para ayudarles a decidir. Este capítulo nos enseña a construir muros de protección para nuestro más preciado tesoro: nuestros hijos.
- En el octavo capítulo daremos una mirada especial al saturado mundo de los medios y las redes sociales en el que viven nuestros hijos. Necesitamos comprender las nuevas realidades de los «tecnoadolescentes», que no tienen precedente en la historia mundial. Así como los baby boomers fueron moldeados hasta cierto punto por el predominio de la televisión, la generación de los mileniales es en gran medida parte de la era de la informática. El mundo no lineal «hipertextual» de Internet, por ejemplo, ha demostrado con creces ser una poderosa influencia para que los jóvenes razonen de manera diferente. Si realmente quieres amar y comprender la mente

de tu hijo, debes conocer el contexto en que se mueve. Lo veremos en este capítulo.

- La educación sexual es esencial, por lo que nuestro noveno capítulo expone algunas pautas para asumir esta tarea tan importante. Hubo un tiempo en que los padres podían hablarles a sus hijos sobre este tema sin competencia. Por desdicha, nuestros chicos escuchan las opiniones del mundo sobre la sexualidad en todos los lugares equivocados y mucho antes de lo que quisiéramos. ¿Cómo podemos contrarrestar eso? Además, ¿qué tenemos que enseñarles a nuestros hijos sobre las diferencias de género en general?
- ¿Qué sucede en cuanto al entrenamiento espiritual? Naturalmente, no hemos dejado ese tema fuera de nuestro texto. El décimo capítulo está dedicado a la formación espiritual en el hogar. Exploraremos cuestiones prácticas del desarrollo de la fe. La mayoría de nosotros ha hecho la observación de que muchos jóvenes se alejan de la iglesia tan pronto como salen de casa. ¿Por qué ocurre eso? ¿Cómo podemos cultivar la fe en nuestros hijos de modo que las semillas echen raíces y produzcan una flor que no se marchite? Es por eso que tenemos que considerar el tema de la iglesia —que he observado mucho más de cerca en los últimos años—, basados en términos profesionales. Muchas iglesias y ministros están sufriendo mucho en la actualidad, y con demasiada frecuencia tú y yo estamos en la raíz del problema. Podemos enseñar a nuestros jóvenes a ser buenos feligreses. Encontraremos maneras en que tú y tu hijo puedan apoyar el trabajo de la iglesia y, en particular, de los programas para jóvenes.
- Vemos brotes de ansiedad y depresión entre adolescentes por doquier. Todos los nombres de los diversos tipos de trastornos conductuales se han convertido en palabras familiares, particularmente en el contexto de los

adolescentes. En el undécimo capítulo veremos cómo abordar esos problemas, cómo reconocer las señales de advertencia y cómo asegurarnos de que nuestros hijos tengan la mejor oportunidad de estar sanos y felices.

- Por último, echaremos un vistazo positivo a los legados que podemos estar trabajando en el presente para dejarles a nuestros adolescentes en su futuro.
- Agregamos una guía de estudio especial para ayudarte a usar este libro en un entorno colectivo o para maximizar tu estudio individual.

Como puedes ver, ¡tenemos mucho camino por recorrer! Oro para que nuestra discusión sea positiva, edificante e inspiradora en tu búsqueda por ser un padre excelente. Empecemos.